
DE LA VIRTUD.

ARGUMENTO.

Hé aquí otra serie de preguntas y respuestas de un interés literario y filosófico escaso, por no decir nulo, y que se pueden resumir en las tres preguntas y tres respuestas siguientes:

¿La virtud puede por su naturaleza ser enseñada?—No, porque Temístocles, Aristides, Pericles, Tucídides fueron incontestablemente hombres de bien, han tenido hijos, que aprendieron la música, la equitación y todas las demás cosas, y si no les enseñaron la virtud, que es de más precio que todo aquello, es porque la virtud no puede enseñarse.

¿Será la virtud un don de la naturaleza, es decir, una cualidad natural?—No, porque si los hombres fuesen unos naturalmente buenos y otros naturalmente malos, habría un arte para distinguirlos, como lo hay, respecto á los caballos y á los perros, para conocer cuáles son de buena y cuáles de mala condición.

¿Pero si la virtud no procede ni de la enseñanza ni de la naturaleza, de donde viene?—De los dioses. La virtud es un presente de los dioses. El que es hombre de bien, lo es como un adivino, por inspiración divina.

DE LA VIRTUD.

SÓCRATES Y UN AMIGO.

SÓCRATES.

¿La virtud puede ó nó por su naturaleza ser enseñada?
¿Los hombres de bien son tales por naturaleza, ó lo son por otras causas?

EL AMIGO.

No podré decírtelo ahora, Sócrates.

SÓCRATES.

Pues bien, procedamos al exámen de esta cuestion. Si alguno quisiera sobresalir en la virtud en que sobresalen los cocineros de fama, ¿qué recurso debería adoptar para adquirirla?

EL AMIGO.

Evidentemente debería aprender al lado de buenos cocineros.

SÓCRATES.

Y si quisiere hacerse buen médico, ¿á quién debería dirigirse para conseguirlo?

EL AMIGO.

Evidentemente á un buen médico.

SÓCRATES.

¿Y si quisiese sobresalir en la virtud en que sobresalen los carpinteros hábiles?

EL AMIGO.

Tendría que dirigirse á los carpinteros.

SÓCRATES.

Pero si quisiese sobresalir en la virtud en que sobresalen los hombres de bien, ¿á dónde acudiría para aprenderla?

EL AMIGO.

A los hombres de bien, si es que naturalmente puede aprenderse; ¿á qué otro punto podría recurrir para conseguirlo?

SÓCRATES.

Veamos; dime cuáles son los hombres de bien de nuestro país. Examinaremos si son ellos los que hacen los hombres de bien.

EL AMIGO.

Tucidides, Temístocles, Aristides, Pericles.

SÓCRATES.

¿Podremos nombrar los maestros de cada uno de estos?

EL AMIGO.

No podemos, ni tampoco hay nadie que los cite.

SÓCRATES.

Y bien, ¿podremos citar alguno de nuestros conciudadanos, ó extranjero, ó cualquiera otro, libre ó esclavo, que haya sido discípulo de estos hombres, y que con su trato se haya hecho hombre de bien ó sabio?

EL AMIGO.

Tampoco se cita ninguno.

SÓCRATES.

¿Rehusarian quizá estos hombres, inspirados por la envidia, comunicar su virtud á los demás hombres?

EL AMIGO.

Quizá.

SÓCRATES.

¿Podrían hacer esto para no tener rivales, por un sentimiento análogo al de los cocineros, médicos y carpin-

teros? Porque estos pierden mucho teniendo rivales, y no pueden subsistir á la vez muchos en un mismo punto. ¿Los hombres de bien perderian tambien estando muchos de ellos juntos?

EL AMIGO.

¿Quién sabe?

SÓCRATES.

¿Los hombres de bien no son al mismo tiempo justos?

EL AMIGO.

Sí.

SÓCRATES.

¿Resultaria alguna ventaja para cualquiera de ellos de vivir, no entre los buenos, sino entre los malos?

EL AMIGO.

No puedo contestar.

SÓCRATES.

Pero quizá podrás decirme si es propio de los buenos el dañar y de los malos el ser útiles, ó si sucede todo lo contrario.

EL AMIGO.

Sucede todo lo contrario.

SÓCRATES.

¿Luego los buenos son útiles, y los malos perjudiciales?

EL AMIGO.

Sí.

SÓCRATES.

¿Y se puede preferir nunca lo que es dañoso á lo que es útil?

EL AMIGO.

No; jamás, seguramente.

SÓCRATES.

Luego nadie preferirá en ningun caso vivir entre los malos á vjvir entre los buenos.

EL AMIGO.

Es cierto.

SÓCRATES.

Ningun hombre de bien, por consiguiente, rehusará por envidia hacer á otro hombre bueno y semejante á él.

EL AMIGO.

No es regular, conforme á lo que acabamos de decir.

SÓCRATES.

¿No has oido decir á Temístocles que tenia un hijo llamado Cleofanto?

EL AMIGO.

Lo he oido decir.

SÓCRATES.

Pues bien; ¿no es evidente que la envidia no le impidió á Temístocles hacer á su hijo lo mejor posible, toda vez que hubiera hecho este servicio á cualquiera otro, siendo como era Temístocles, segun acabamos de decir, un hombre virtuoso?

EL AMIGO.

Sí.

SÓCRATES.

Sabes que Temístocles enseñó á su hijo á ser un excelente jinete, que se sostenia en pié y recto sobre su caballo, que en esta postura lanzaba la azagaya, y que ejecutaba otras muchas evoluciones de fuerza. Le enseñó otras muchas cosas, y no permitió que ignorara nada de lo que enseñan los buenos maestros. ¿No has oido á nuestros mayores referir estas cosas?

EL AMIGO.

Sí, las he oido.

SÓCRATES.

Es imposible acusar á este jóven de que su disposicion natural fuera mala.

EL AMIGO.

Seria una injusticia conforme á lo que tú dices.

SÓCRATES.

Ahora bien, ¿has oido nunca decir á nadie, jóven ó

viejo, que Cleofanto, el hijo de Temístocles, haya tenido la misma virtud y la misma sabiduría que su padre?

EL AMIGO.

No, no lo he oído decir.

SÓCRATES.

Y bien, ¿podremos creer que Temístocles haya querido que cultivara los demás estudios su hijo, y que no quisiera hacerle partícipe de su propia sabiduría, para que fuera mejor que sus conciudadanos, si la virtud pudiera ser enseñada?

EL AMIGO.

No es probable.

SÓCRATES.

Sin embargo, según tu misma opinión, un hombre de estas condiciones sería un buen maestro de virtud. Pero pasemos á otro de nuestros compatriotas, Aristides, que educó á Lisimaco, y le dió la más brillante educación, como ningun ateniense la ha recibido nunca, enseñándole todo lo que puede aprenderse. No por eso le hizo más hombre de bien que cualquiera otro, porque á Lisimaco tú y yo le hemos visto y conocido.

EL AMIGO.

Sí.

SÓCRATES.

Sabes que Pericles educó á sus hijos Paralo y Jantipo, y tú has sido, si no me engaño, el amante de uno de ellos. Sabes que hizo de estos jóvenes unos jinetes no sobrepujados por ningun ateniense; que les enseñó la música y todos los demás ejercicios que pueden enseñarse, y que en todas estas artes no eran inferiores á ningun otro. ¿Será cosa que no haya querido hacerles tambien hombres de bien?

EL AMIGO.

Pero quizá se hubieran hecho tales, Sócrates, si no hubieran muerto jóvenes.

SÓCRATES.

Haces bien en defender tus amoríos; pero si la virtud por su naturaleza pudiera ser enseñada, y si Pericles hubiera tenido el poder de hacer de sus hijos hombres de bien, no es dudoso que les hubiera comunicado su propia virtud, mucho ántes de enseñarles la música y los demás ejercicios. Pero es muy claro que la virtud no puede por su naturaleza ser enseñada, puesto que Tucídides educó igualmente á sus dos hijos, Melesias y Stefano, en cuya defensa no puedes decir lo que acabas de manifestar respecto á los hijos de Pericles. Sabes, en efecto, que uno de ellos vivió hasta la ancianidad, y el otro más aún. Su padre les habia dado una excelente educacion, y ninguno de los atenienses les superaba en la lucha. Jantias habia educado al uno y Eudoro al otro, y éstos eron los dos maestros más hábiles en su arte.

EL AMIGO.

En efecto.

SÓCRATES.

Evidentemente el que hizo aprender á sus hijos artes, que sólo se aprenden á costa de grandes sacrificios, lo mismo les hubiera hecho aprender el arte de ser hombres de bien, y aún con mayor razon, si la virtud puede naturalmente ser enseñada.

EL AMIGO.

Lo creo.

SÓCRATES.

¿Puede decirse que Tucídides fuera un hombre oscuro, sin amigos entre los atenienses ni entre los aliados? Por el contrario, pertenecia á una gran casa, y tenia grande autoridad en nuestra ciudad y en toda la Grecia; de tal manera, que si la virtud pudiese naturalmente enseñarse, no habria dejado de encontrar entre sus conciudadanos ó entre los extranjeros un maestro para hacer á sus hijos hombres de bien, en caso de que las atenciones del Estado

no le hubieren permitido ocuparse de esto á él mismo. Pero, querido mio, yo creo que en efecto la virtud no puede naturalmente ser enseñada.

EL AMIGO.

Quizá no.

SÓCRATES.

Pero si la virtud no puede naturalmente ser enseñada, los hombres de bien ¿nacen hombres de bien naturalmente? Quizá encontraremos la respuesta á esta pregunta procediendo de esta manera. Dime, ¿hay caballos naturalmente buenos?

EL AMIGO.

Los hay.

SÓCRATES.

¿Hay igualmente hombres que poseen el arte de reconocer qué caballos son naturalmente buenos por las condiciones de su cuerpo para la carrera, así como su índole, su valor ó su flojedad?

EL AMIGO.

Sí.

SÓCRATES.

¿Qué arte es este? ¿qué nombre tiene?

EL AMIGO.

El arte hípico.

SÓCRATES.

Y con relacion á los perros, ¿no existe igualmente un arte para distinguir los que son buenos naturalmente, y los que naturalmente son malos?

EL AMIGO.

Existe.

SÓCRATES.

¿Cuál es?

EL AMIGO.

El arte cinagético ó canino.

SÓCRATES.

¿Hay igualmente hombres que tienen por oficio examinar el oro y la plata, y que despues de inspeccionarlos declaran si son buenos ó malos?

EL AMIGO.

Los hay.

SÓCRATES.

¿Qué nombres les das?

EL AMIGO.

Argirónomos.

SÓCRATES.

Por su parte los maestros de ejercicios reconocen, previo exámen, las disposiciones naturales del cuerpo humano; qué hombres, jóvenes ó viejos, son ó nó á propósito para los diferentes géneros de trabajos; qué constituciones son dignas de estimacion y ofrecen esperanza de que ejecutarán perfectamente todo lo que depende del cuerpo.

EL AMIGO.

Estoy conforme.

SÓCRATES.

¿Qué es lo que importa más á los Estados, los buenos perros y otras cosas semejantes, ó los hombres de bien?

EL AMIGO.

Los hombres de bien.

SÓCRATES.

Pero ¿no estás persuadido de que si entre los hombres los hubiese naturalmente buenos, todos habrian hecho los esfuerzos posibles para descubrir un arte que sirviera para conocerlos?

EL AMIGO.

Probablemente.

SÓCRATES.

¿Conoces un arte que nos haga capaces de reconocer y declarar que los hombres son naturalmente buenos?

EL AMIGO.

No lo conozco.

SÓCRATES.

Sin embargo, este arte seria de un gran valor como lo tendrían los que lo poseyesen. Nos revelarían, en efecto, qué jóvenes habrían de ser hombres de bien, y esto desde la infancia. Y nosotros, recibiendo de sus manos, los guardaríamos á expensas del Estado en el Acrópolis, como se hace con el tesoro público, y aún con más cuidado, á fin de que, libres de las guerras y de toda clase de peligros, pudiesen ser los salvadores y los bienhechores de la república, cuando llegaran á la edad madura. Pero parece, en efecto, que no son ni la naturaleza, ni la instrucción, las que procuran la virtud á los hombres.

EL AMIGO.

Pero, Sócrates, ¿cómo se te figura que los hombres se hacen virtuosos si no es ni por virtud de la naturaleza ni por la de la instrucción? ¿Hay otra manera de hacerse hombre de bien?

SÓCRATES.

Creo que eso no es fácil de explicar. Imagino, sin embargo, que la virtud es principalmente un don de los dioses, y que los hombres de bien tienen el mismo origen que los adivinos verdaderamente divinos y que los sacerdotes que anuncian los oráculos. Estos no se hacen lo que son ni mediante la naturaleza, ni mediante el arte; sólo lo deben á la inspiración de los dioses. Hé aquí por qué los hombres de bien predicen muchas veces á las ciudades la suerte que les espera y los sucesos futuros, gracias á una inspiración divina que les hace más penetrantes y sagaces que los mismos que pronuncian los oráculos. Así es, que se oye decir á las mujeres: es un hombre divino. Cuando los laedemonios quieren alabar á alguno de un modo enfático, dicen: es un hombre divino. Muchas veces Homero emplea la misma expresión, así como los

demás poetas. Cuando Dios ha resuelto favorecer á un Estado, entónces le da hombres de bien; cuando quiere castigarle, le quita los hombres de bien que posee. La virtud, al parecer, no es, pues, ni producto de la enseñanza, ni fruto de la naturaleza, sino un presente que ha hecho la divinidad al hombre.

FIN DE ESTE DIÁLOGO.